

BERNARDO MUÑOZ CARVAJAL

El enigma Recasens



El enigma Recasens

COLECCIÓN
LITERADURA

Bernardo Muñoz Carvajal

El enigma Recasens



Primera edición: febrero de 2019

© Bernardo Muñoz Carvajal, 2019

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2019
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-94911-56-9

Dep. Legal: M-4782-2019

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Carrer del Born*, © Anna Yan Muñoz Vallecillo, 2019

Impresión y producción gráfica: Liber Digital

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Para Conso y Anna Yan

*«La honra del amo descubre la del criado; según esto, mira a quién
sirves y verás cuán honrado serás»*

MIGUEL DE CERVANTES, «El licenciado Vidriera», *Novelas ejemplares*

*«Las tristezas no se hicieron para las bestias sino para los hombres, pero
si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias»*

MIGUEL DE CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*

El enigma Recasens

PRIMERA PARTE

EL ROSTRO DE LA MUJER reflejaba nerviosismo. Se había separado del grupo y llevaba varios minutos deambulando por la galería de arte sin rumbo fijo. Una abstracción solo aparente, pues no paró de moverse hasta parapetarse tras la espalda de un fornido visitante. Acogida a aquel débil amparo, miró a un lado y a otro para asegurarse de que nadie se fijaba en ella. Comprobó también que se encontraba fuera del ángulo de visión de las cámaras de seguridad instaladas en la sala. De momento estaba a salvo. Frente a ella, protegida por una urna de vidrio, se exhibía un plato de bronce original de Félix Recasens. La obra, según señalaba una tarjetita situada al pie, había sido realizada en 1956 y estaba valorada en novecientos cincuenta euros. La mujer, visiblemente excitada, tragó saliva. Tras analizar pros y contras, consideró que no dispondría de un mejor momento para llevar a cabo su plan. Sin dejar de mirar a su alrededor, deslizó los dedos en el bolso y extrajo un

teléfono móvil de amplia pantalla. Con un movimiento preciso alzó el brazo, apuntó con el aparato en dirección a la valiosa pieza de metal y...

—*No photos, please!*

La mujer se quedó petrificada durante unos segundos con el teléfono extendido frente a sus ojos, cual Hamlet observando a la calavera, mientras veía emerger mi figura desde el fondo de la sala. Más allá de la severidad que expresaba mi rostro, no podía disimular una débil sonrisa de triunfo en los labios. «Te cacé, muñeca». La joven guardó al instante el aparato y, alzando las manos, como si quisiera atracarla, se deshizo en lo que supuse excusas, pronunciadas en un idioma oriental que no entendí. Tras aceptarlas con una ligera inclinación de cabeza y sin ceder un ápice en mi rictus de seriedad, miré con dureza al resto de visitantes para recordarles que, mientras yo estuviera ahí, podían irse metiendo sus cámaras por el culo.

Buena parte de mi trabajo en la Tienda Museo Recasens consistía en eso, en evitar que los turistas hicieran fotos de las obras expuestas en la sala. Una actividad monótona, que no llegaba a tediosa gracias a pequeños divertimentos, entre los que destacaba, por el placer que me producía, la caza del retratista clandestino, esto es, el arte de sorprender al fotógrafo transgresor justo un segundo antes de cometer la falta. Para ello me valía de la habilidad, adquirida con los años, de intuir quién osaría saltarse la prohibición de retratar las piezas expuestas. Sobre la base de esta experiencia incluso había llegado a trazar un perfil del infractor tipo: turista, casi siempre extranjero y poseído por una irrefrenable necesidad de apretar el gatillo ante cualquier motivo encuadrable. Casi ninguno de ellos conocía a Félix Recasens; es más, a la mayoría les importaba una mierda la cerámica, los grabados o el arte en general. Tampoco era

habitual que acudieran recomendados por alguna guía de la ciudad, ya que la mayoría de ellas obviaban tan modesto destino. Lo normal es que franquearan las puertas cuando en el interior de la tienda museo había más gente, en la seguridad de que, si un grupo de personas se congregaba en una sala de exposiciones, fuera lo que fuera lo que allí se exhibía, debía ser importante. Por ello, Recasens hijo, actual dueño del negocio, insistía siempre en atraer a toda costa a un primer grupo de paseantes, a fin de hacerlos visibles a través de los escaparates del establecimiento. Cuando la tienda parecía llena, los curiosos acudían como moscas. Y entre ellos, claro está, los temibles aprendices a *paparazzi*.

Más de una vez he tratado de entender qué extraño efecto ejercen las vacaciones sobre algunos individuos, para que estos dediquen sus viajes a inmortalizar con su cámara a personas, animales u objetos que jamás retratarían en sus lugares de residencia. Mi conclusión es que en el fotógrafo clandestino se mezcla una pasión fetichista, un carácter posesivo, cierto amor por la aventura y una inseguridad que le obligan a procurarse pruebas constantes de los lugares que ha visitado y de las cosas que ha visto, como si temiera que a la vuelta nadie fuera a creerle. En todo caso, mi trabajo no consistía en descubrir las motivaciones, sino en impedir que dentro de la Tienda Museo Recasens actuaran aquellos cuatrerros del megapíxel. Por lo general, mi trabajo era efectivo, aunque resultaba inevitable que, de tanto en tanto, alguien lograra burlar la vigilancia y hacer una fotografía. En estos casos mi labor se centraba más en evitar la reincidencia que en romperles la cámara a los infractores, pese a los deseos de mi jefe. Nunca había líos, la gente era obediente y ante mis requerimientos solía enfundar sus aparatos. Solo a veces me las tenía que ver con algún listillo, empeñado en convencerme de que lo suyo no era una cámara, sino un móvil sin

cámara o un reproductor musical. Cuando se hacía precisa la intimidación, la envergadura corporal jugaba casi siempre a mi favor, aunque lo más disuasorio era el factor psicológico. Les hablaba a un palmo de la nariz, sin chillar, aplicando a mi voz un tono de absoluto desprecio. Lo que les dijera tampoco importaba mucho, pues casi nadie conocía mi idioma. Lo importante era que la música de mis palabras sonara a amenaza.

—¡No fotos, no videos, no iPhones, no iPads, no *iLeches*, coño!

Una de las cosas que más sorprendía a los infractores era que, al carecer yo de uniforme, no lograban hacerse una idea precisa del alcance de mi autoridad. Solo me identificaba una pequeña placa rectangular de color negro, sujeta a la camisa por un alfiler: sobre ella, unos caracteres dorados mostraban mi nombre de pila, sin añadir cargo o funciones. Una ambigüedad totalmente calculada, pues, aunque asumía el rol de jefe de seguridad del establecimiento, no disponía de la titulación exigible para ejercer de forma legal ese cargo. Un detalle que no solo no importó a mi patrón, sino que fue determinante al plantearse mi contratación. Y es que Ramón Recasens podría ser dúctil en extremo a la hora de interpretar la legalidad vigente si, a cambio de ello, lograba ahorrarse unos cuantos euros. Conmigo encontró un chollo. Me conoció en mi etapa de detective privado, cuando resolví para él el robo de una de las piezas de su colección. Mi actuación en aquel suceso fue tan eficaz que Ramón me pagó para liquidar el encargo de forma discreta antes de descubrir la verdad que se escondía tras la supuesta sustracción. Por desgracia, ese fue uno de los pocos casos que logré afrontar antes de que mi despacho se declarara en quiebra, ahogado por las deudas. Ironías del destino, volvimos a coincidir cuando la empresa de seguridad en la que me vi obligado a trabajar

tras arruinarme me asignó a la Tienda Museo Recasens. Fue allí cuando el hijo del artista hizo cuatro números y llegó a la conclusión de que le saldría más a cuenta contratarme como vigilante que seguir pagando por mí a través de terceros. La oferta que me hizo incluyó el puesto de trabajo como vigilante de la tienda museo y el uso, a precio casi simbólico, de un pequeño apartamento que Ramón tenía dos plantas por encima de la tienda. Acepté sin dudar. El mero hecho de librarme de la enorme carga que cada mes me suponía pagar el alquiler del piso en que vivía era ya motivo suficiente para no rechazar la oferta. A pesar de todo, el acuerdo me satisfizo solo a medias. Ciertamente era que iba a ganar más y gastar menos, pero en cambio Recasens pensaba abonar una parte importante de mis emolumentos en negro. Desde hacía años todas mis declaraciones de renta arrojaban un saldo negativo, por lo que no tenía interés especial en ocultar mis paupérrimas cuentas al fisco. Y uniéndome a mi tortuosa vida laboral a la miseria que a partir de aquel momento iba a cotizar, era consciente de que me estaba fraguando un futuro de estrecheces y penuria tras la jubilación. Sin embargo, mis condiciones en la empresa de vigilancia eran aún peores: contratos precarios, cambios de horario sin previo aviso y jornadas de servicio de hasta dieciséis horas. En la tienda museo se trabajaba poco, el horario era el típico del comercio, y el contrato, por obra y servicio, no tenía al menos fecha fija de caducidad.

Fue así como pasé a formar parte de la eximia plantilla de la empresa, conformada por tres personas: Paquita, la sobrina de Recasens y encargada de atender la caja del establecimiento, una limpiadora contratada por horas llamada Inés, y servidor, reclutado en calidad de auxiliar administrativo, y eso que en mi vida nunca me había dedicado a la contabilidad o a las finanzas. Todo mi historial laboral, desde que fui policía hasta que acabé como vigilante, sin

olvidar mi periodo como detective, se había desarrollado dentro del campo de la seguridad. Y eso era lo que debía seguir haciendo en la tienda museo: velar por que nadie robara en la tienda, espantar a los fotógrafos clandestinos y supervisar el sistema de alarmas y cámaras que, por imperativo de la póliza de seguros, aún gestionaba mi antigua empresa de vigilancia.

Quien sí hizo un buen negocio conmigo fue Recasens. Al ficharme, no solo ahorra mucho dinero y ganaba un vigilante nocturno para su negocio, sino que, además, se garantizaba un lacayo. Los dos éramos conscientes de que yo tragaría con todas sus ocurrencias y excentricidades. Con cincuenta y ocho años a cuestas, la perspectiva de quedarme en el paro era suficiente acicate para tragar con cualquier cosa.

Sufría verdaderos apuros económicos. Del dinero que cobraba, la mayor parte acababa en el banco, a quien debía reembolsar un abultado crédito con el que había liquidado los agujeros que me había dejado la quiebra del bufete. Y es que, a diferencia de otros negocios en los que es común la estampida y el cierre fraudulento, un detective, por mucho que esté en la ruina, siempre debe liquidar algunas deudas. Por la cuenta que le trae. Yo lo hice y, a causa de ello, acabé pobre como una rata, pero con la tranquilidad que da el poder dormir cada noche sin temor a que te asesinen. Otra parte de mis emolumentos desaparecía por orden judicial para engrosar la cuenta de mi ex, pese a que Rosa compartía alcoba con un tipo que, me consta, le ofrecía un holgado sustento económico. Con el escaso monto restante debía sobrevivir, cosa que lograba a duras penas pese a la frugalidad de mis hábitos. Por suerte, pasatiempos como dar caza al fotógrafo furtivo no costaban dinero y me hacían olvidar, aunque solo fuera por unos instantes, el fracaso en que se había convertido mi vida.

Ramón Recasens apareció poco antes de la hora del cierre. Iba pegado a su teléfono móvil y transitaba con rapidez por el local describiendo imprevisibles requiebros, giros y medias vueltas. Parecía como si el hecho de hablar a través de aquel aparato le obligara a tan anárquica coreografía. Vestía como siempre: un pantalón de paño oscuro, asegurado mediante un cinturón que la barriga había desplazado hasta la ingle; la camisa de color celeste con el cuello abierto de par en par y la eterna americana azul marino que, pese a encajarle bien de hombros, era evidente que no cerraba sobre su abultado buche. La conversación le estaba sulfurando, pues su poderosa testa lucía roja como la grana, en contraste con el blanco immaculado de sus cabellos. Parecía realmente cabreado. En estos casos convenía estar alerta, por el bien de las obras de arte que se exhibían en el museo. Una vez, mientras ejecutaba aquella danza ritual que parecía poseerle cada vez que hablaba por el móvil, había propinado un codazo a un pedestal, dando en tierra su contenido, un jarrón original firmado por su padre y valorado en setecientos cincuenta euros. Lo extraño es que, aunque la pieza se hizo añicos ante los ojos de todos cuantos nos encontrábamos ahí, solo una semana más tarde volvía a lucir en su peana, resplandeciente ante el haz de luz que resaltaba sus cualidades y sin la menor marca del estropicio. La única alteración visible residía en su valor, que se había incrementado hasta los mil cien euros, quién sabe si como compensación por aquella restauración tan mágica como increíble. Y es que en la Tienda Museo Recasens no se sabía dónde acababa lo real y empezaba lo ficticio, dónde la obra original y dónde la falsificación, dónde la copia autenticada y dónde la baratija, dónde el negocio y dónde el chanchullo. Recasens hacía y deshacía a su antojo con el legado de su padre, un artista que, pese a no haber destacado en exceso, había sabido codearse ocasionalmente con personajes de

la talla mundial de Picasso y de Miró, y que había mantenido cierta amistad con el prestigioso y malogrado Agustí Pallerols. Ello le había proporcionado una cierta fama, aunque insuficiente para que su obra fuera objeto de codicia por parte de los coleccionistas más exigentes. Por suerte para Ramón, Félix Recasens había sido realmente prolífico en su producción, tanto en lo referente a las series de cerámicas como, en especial, a las litografías y a los grabados, lo que garantizaba una cantidad suficiente de copias de muchas de sus obras. Aquel amplio inventario resultaba incatalogable por la dispersión y escasa valoración de las piezas artísticas. Pero, gracias a ello, su heredero sabía que, mientras actuara con discreción, podía permitirse ciertas libertades con el legado sin alertar a críticos y coleccionistas.

Ramón acabó la conversación sin que, por fortuna, ninguna figura tuviese que ser retirada esta vez. Mientras recuperaba su tono de piel habitual, de un rosáceo ligeramente encendido, lanzó una mirada inquisitiva a las pocas personas que en aquel momento ocupaban el local. Le gustaba analizar a los visitantes, y sus puntos de valoración eran siempre dos: uno referido a la posible capacidad adquisitiva de los clientes, baremo que establecía a partir de su aspecto exterior, y otro centrado en determinar si las mujeres presentes en la sala estaban buenas o no. Aquel día no pareció encontrar nada digno de atención, por lo que, concluido el análisis, se acercó a saludarme con la falsa camaradería que le caracterizaba.

—¿Qué tal, Víctor? —dijo echando el brazo por encima del hombro—. ¿Cómo va todo?

—Bien, Ramón —respondí sin apenas mirarle a los ojos, evitando que su charla relajara mi obligación de controlar a la clientela.

Lucir aquella pose era una auténtica memez, pues había bien poco que vigilar en aquellos momentos, pero sabía que ese gesto profesional agradaba a Recasens.

—¿Han intentado hacer fotos hoy también?

—Como cada día. Pero no te preocupes —dije con la vista clavada en algún lugar perdido de la sala—, tu obra sigue a salvo.

—Por la cuenta que nos trae. Son una panda de hijos de puta.

Recasens temía a los fotógrafos porque estaba convencido de que aquellas imágenes se usaban para beneficio de falsificadores. Era un miedo que llegaba a obsesionarle y que no se correspondía con el desconocimiento casi general que el público tenía de la figura de su padre. Su peor pesadilla era imaginar miles de réplicas de Recasens luciendo el marchamo de *Made in China* y vendiéndose alegremente en tiendas de suvenires, chiringuitos, mercadillos y grandes almacenes, sin que él viera un euro de todo aquel negocio. Un temor estúpido y, a todas luces, infundado, pues, si Ramón hubiera estado convencido de que tal trasiego era susceptible de generar beneficios, no habría dudado en organizarlo él.

En todo caso, no era trabajo mío el intentar cambiar la forma de pensar de mi patrón, sino hacer cuanto estuviera en mi mano para que siguiera pagándome a final de mes. Un sueldo, todo sea dicho, que difícilmente podía proceder de los beneficios de la tienda museo. Por fortuna, Recasens siempre andaba metido en negocios. Algunos parecían aún más ruinosos que la sala de exposiciones, como una inmobiliaria que había abierto justo antes de la crisis del ladrillo. Otros, sin embargo, debían ser más lucrativos, a juzgar por el tren de vida que mantenía y por la evidencia de que, cuando se necesitaba, el dinero afloraba siempre. A pesar de mi instinto como detective, o quizá a causa de él, prefería no saber demasiado de estas actividades, que intuía algo turbias. Me conformaba

con la tranquilidad de saber que la nómina era ingresada a final de mes y que, con la misma regularidad, Recasens me entregaba en mano el sobre que complementaba mi salario. Eso sí, aunque me pagara como administrativo, él nunca olvidaba cuál era mi verdadero oficio.

—Voy a saludar un momento a Paquita —en lenguaje de Recasens, eso significaba que iba a controlar el cuadro de la caja, pues no se fiaba de la inútil de su sobrina—. Por cierto, ¿me puedes decir ya algo de lo que hace con su novio?

—Nada especial, Ramón —contesté sonriendo y mirándole por primera vez a los ojos—. Hasta donde he averiguado, el muchacho se limita a esperarla para ir a comer juntos. Por la tarde, la deja de nuevo en la tienda y él marcha a su pueblo.

—¿Solo eso?

—Hay besos, claro, pero con poca lengua. Hasta donde sé, ni siquiera se meten mano.

—Pues ya me parece raro, con lo salida que ha sido siempre la niña —el hombre parecía contrariado—. Ya sabes que a todos los retrasados les da por lo mismo. Y, encima, esa afición por la jodienda también le viene de herencia. ¡Bonita es mi hermana! Eso sí, no creas que su madre se preocupa de vigilarla. Y el cornudo de mi cuñado ni te cuento. Al final, quien debe ocuparse de todo es el de siempre, el tío Ramón. ¡Mierda de familia! Oye, ese tipo no se acercará a la caja, ¿verdad?

—Ni la huele —le tranquilicé—, y tampoco le he visto nunca con una cámara de fotos al hombro.

—En fin... —suspiró Recasens con resignación, incapaz de captar mi ironía—. Ojalá sea cierto que se echa un novio formal, se casa y deja de dar por culo. Tú, en todo caso, sigue atento. No me acabo de fiar. ¿Seguro que no se ven a escondidas?

Lo vi alejarse en dirección al mostrador de caja, donde su sobrina había empezado ya con la rutina diaria del recuento del dinero. La verdad es que Paquita y su novio follaban como conejos todos los días, durante las sobremesas. Y que lo hacían, además, en la planta de arriba, en la casa del mismísimo Recasens, casi seguro que en su propia cama. Pero no tenía ninguna intención de delatarles, pese a las instrucciones de mi jefe. Paquita me caía bien y, descontando a Inés, quien solo venía unas pocas horas a la semana, era mi única compañera de trabajo. Además, me parecía natural que a quien la vida ha limitado tanto su capacidad para el placer intelectual, persiga la felicidad mediante el goce físico. Y su novio, a quien sí había investigado, parecía una buena persona. Algo cortito de luces también, pero honrado y trabajador. Vivía con sus padres fuera de Barcelona y bajaba a la ciudad a diario para preparar oposiciones. Unos estudios que parecían ir para largo, tanto por los recortes en la oferta de empleo público como por la cantidad de clases que se saltaba a causa de sus ardores y de los de Paquita. Para dos muchachos de sangre tan caliente, tener un piso a su entera disposición suponía una irresistible tentación.

La vivienda conformaba, junto con el local que ocupaba la tienda museo, lo que los más viejos del barrio aún llamaban Can Recasens. Ramón había nacido en ella, y se hizo cargo de la misma cuando la heredó y vivió entre sus cuatro paredes hasta enviudar. A partir de ese momento se negó a ocuparla, trasladándose a la casa que desde hacía años mantenía en una urbanización de Castelldefels. Desde entonces, siempre se había negado a vender o alquilar el viejo inmueble, aun siendo consciente del dinero que podría procurarle aquella propiedad. Por un cuartocho como el mío, de apenas veinte metros cuadrados, los turistas llegaban a pagar precios exorbitantes en el barrio. Y no faltaban inversores dispuestos

a adquirir todo el bloque por unos importes que quitaban el hipo. Quizá Recasens no quisiera desprenderse de la parte más sólida que aún conservaba de su castigado patrimonio. O existiera algún lío de herencia con su hermana que impedía tales transacciones. Esta última era la hipótesis más plausible, ya que Recasens era una persona ajena a cualquier actitud sentimental, máxime si había dinero de por medio. La cuestión es que mantenía cerrado el edificio, a excepción de la tienda y de mi cuarto. E incluso se preocupaba en mantener decente su antigua vivienda, para lo que tenía dada orden a su sobrina de que cada dos semanas la aireara y limpiara el polvo. Toda una ironía, ya que Paquita echaba ahí más polvos de los que quitaba.

Sumido en estas banales reflexiones había dejado escapar lo que me quedaba de jornada laboral. Siguiendo una rutina establecida, a las ocho menos diez invité a los pocos visitantes que aún quedaban a ir abandonando el local. A continuación, bajé las estruendosas persianas, cuyo mecanismo ancestral permanecía ajeno a las ventajas de la tracción eléctrica. Solo dejé entreabierta, a algo menos de media altura, la que cerraba la puerta principal. Apenas un minuto después, las luces del local se apagaron y, agachando de forma ostensible la cerviz, Ramón y su sobrina se deslizaron al exterior. Tras las quejas habituales por la genuflexión excesiva a la que cada día les sometía, cerré sin disculparme y me despedí de ellos hasta el día siguiente.

Una vez en la calle, descubrí que la temperatura era agradable y, dado que ese día no tenía que hacer la compra, decidí pasear un rato antes de volver al apartamento.

Nunca camino sin rumbo fijo. Antes de empezar a andar, necesito determinar en qué dirección dirigiré mis pasos. Aquel día tomé la ruta que me llevaba hasta el Palau de la Música vía Por-

taferrisa, Portal de l'Àngel y Comptal. Gracias al reciente cambio de horario, aún podía disfrutar de las últimas luces de la tarde. Al llegar a mi destino, admiré durante unos segundos el edificio y empecé a desandar lo andado. No tenía otra cosa que hacer. Mi vida era pura monotonía.

En cuanto llegué a casa, me cambié, ordené la ropa y cené de forma frugal. No me apetecía ver la televisión y tampoco me sentía cansado, así que, tras prepararme una taza de leche con Nesquik, decidí matar el rato ante el ordenador.

Dicen que Internet es una herramienta ideal para seres solitarios. Y es cierto. Desde su magia, puedes instruirte, divertirte, curiosear y acceder a contenidos que, solo unos años atrás, habría sido imposible imaginar. Además, las redes sociales son unas plataformas maravillosas para relacionarte, a resguardo de tu propia intimidad. Claro que esto es así hasta determinado punto. No todo el mundo tiene un alma participativa, ni tiempo para fomentar y consolidar contactos, ni habilidad como para que sus comentarios logren coleccionar seguidores. Para reafirmarme en estos pensamientos bastó abrir mi cuenta de Facebook. El muro no mostraba ninguna novedad desde hacía dos semanas y el listado de amigos permanecía invariable: ocho personas. Una lista corta y que, además, no resistía el menor análisis, ya que estaba conformada por un primo segundo al que no veía, Paquita, su novio, tres antiguos compañeros de trabajo bastante imbéciles y dos absolutos desconocidos. ¿En verdad esto era un baremo de mi actividad social? Quizá sí, tuve que reconocer. Un desastre sin paliativos, del que solo podía defenderme al recordar que las cosas no siempre habían sido así.

Hubo un tiempo en que creí notar el aliento de la felicidad. Un periodo cada vez más lejano, pero que aún alimentaba mis recuerdos cuando buscaba refugio en ellos. Y lo hacía con frecuencia,

a pesar de saber que me engañaba, que me recreaba en un espejismo artificial con el que trataba de consolarme. No lograba aislar los buenos momentos de los malos, por mucho que lo intentara, pues ambos eran indisolubles y conformaban una sola realidad. La que determinaba aquello en lo que, a la postre, me había convertido: un tipo solitario, con ocho contactos postizos en Internet y que vivía de recuerdos poco sinceros. Por lo menos, me consolé, había evitado autodestruirme. Desde que, con cuarenta años, me vi abocado a vivir solo por vez primera, me impuse una estricta disciplina tanto en lo relativo al aseo personal como a la limpieza y al orden de la casa. Lo hice por miedo a abandonarme, pero con el tiempo descubrí que las tareas domésticas no solo no me desagradaban, sino que constituían un excelente bálsamo para combatir el ostracismo. Tampoco tenía muchos de los vicios que se asocian a los solitarios. Apenas bebía, comía lo justo y mantenía la libido a raya sin necesidad de recurrir a prostitutas ni matarme a pajas. Ocurría que, de forma paulatina, había ido perdiendo el deseo sexual, quién sabe si por falta de práctica o a causa de la edad. Y eso que, gracias a mi trabajo actual, no eran infrecuentes las oportunidades. Todavía quedan mujeres que consideran excitante acostarse con un representante de la autoridad, aunque, como era mi caso, no llevara porra ni gorra de plato. Sucedió también que, algunas turistas, al constatar que sus vacaciones en Barcelona se acababan sin ningún romance que contar a la vuelta, veían en mí su última oportunidad. Mis amantes de una noche raramente eran bonitas y casi nunca jóvenes, pero tampoco me atrevería a afirmar que, aun siendo evidente la falta de compromiso de aquellas relaciones, no hubiera algo de cariño en su fugacidad. Y, sin embargo, a pesar de lo agradable de aquellos escasos encuentros, de un tiempo a esta parte trataba de hacer oídos sordos a las insinuaciones que, muy de

tarde en tarde, aún percibía mientras trabajaba. Lo cierto es que me había convertido en un sujeto muy hogareño. Disfrutaba mucho más en casa, leyendo, planchando o preparándome la cena que pernoctando en un hotel desconocido junto a una mujer, amable sin duda, pero con la que no podría ni hablar y de la que ni siquiera llegaría a conocer el apellido.

Decidí cerrar Facebook y tratar de conciliar el sueño desde la cama, leyendo el libro que aquellos días me ocupaba. Se trataba de una estrambótica novela negra, protagonizada por un tipo bastante más raro que yo y escrita por una autora francesa de apellido zíngaro. Sin embargo, antes de abandonar la pantalla constaté que, en su extremo superior, había aparecido un cuadradito rojo sobre un icono. No tenía muy claro qué significaba aquello, así que salí de dudas haciendo clic sobre el mismo. Mi sorpresa fue mayúscula al descubrir que tenía una solicitud de amistad. ¡Qué ilusión! Además, la peticionaria, según permitía ver la pequeña imagen que acompañaba el mensaje, era una atractiva joven de brillante cabello oscuro. Al principio pensé que la muchacha se había equivocado de destinatario o que era una de esas personas que envían solicitudes al tun tun, solo para engrosar su lista de contactos. Daba igual, una amiga era una amiga y, por desconocida que fuera, no me podía permitir el lujo de ser selectivo. Pero me bastaron dos o tres segundos para sufrir un vuelco en el estómago. Ni siquiera necesité leer el nombre del remitente. El mensaje, escueto, no dejaba lugar a dudas:

«Hola papá xD»